

BEATRIZ RICO

DE MISS A MÁS

sin pasar por
ALBACETE



m̄

BEATRIZ RICO

DE MISS A MÁS SIN PASAR
POR ALBACETE

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** Y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Beatriz Rico, 2021

© Editorial Planeta, S.A., 2021
Martínez Roca, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
ISBN: 978-84-270-4816-4
Depósito legal: B. 21.663-2020
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Huertas, S.A.

Impreso en España-Printed in Spain

1

UN GÜEVO DE AÑOS ATRÁS

Increíble, lo sé. Ya me dirás tú cuándo has visto una Miss Albacete convertida en Miss España. Quiero decir, que todas las Miss España son de sitios bonitos, o con mar, turísticos... no sé, de ciudades que gustan y a las que va gente. A nadie le extraña que se lleve el título una Miss Almería, o Miss Bilbao, o Miss Sevilla, o Miss Málaga, o Miss Gran Canaria. Pero, ¿cuántas veces ha ganado Miss Soria o Miss Cuenca? Pues ahí me tenías a mí, Miss Albacete, flipando y sin entender muy bien por qué las compañeras me abrazaban llorando como si me acabaran de detectar una rara enfermedad mortal y degenerativa recién descubierta en la que te dan veintisiete minutos de vida y fin. A ver, en mi banda ponía «Miss Castilla-La Mancha», que tampoco es que sea un derroche de glamur, pero yo llegué ahí derrotando a Miss Toledo, a Miss Cuenca, etcétera, siendo Miss Albacete, y con «Miss Albacete» me quedé para siempre.

Yo, Miss Albacete, convertida en Miss España. Para que luego digan que si tongo. Ni «tongo ni tonga», que bramaba después mi santa madre a los cuatro vientos.

Yo lo vi chungo desde el principio, no solo por lo de Albacete (que eso ya marca), sino porque me sentía yo fuera de lugar entre tanto mujerón de piernas que medían lo mismo que un niño mediano tirando a grande y pómulos tan marcados como castañas pilon-gas. Cuando me dejaban, se los tocaba. Hundía el dedo para ver si rebotaba o qué. Qué va, pómulos auténticos, oiga. Y esa delgadez... A mí me ves y, aunque esté delgada, la sensación que te da no es de estar ante una tía delgada, sino que lo que ves es una gorda adelgazada, ¿entiendes? No sé si me explico. Hay gente, que es, o bien *respiracionista* y se alimenta solo de aire porque creen firmemente que tiene todos los nutrientes necesarios para vivir y a tomar por culo la bicicleta, y entonces son delgadas y ya está, o hacen dieta perpetua. Y luego estamos las delgadas tipo B («B» de ¡Boooooomba!), que somos las que, por mucho peso que perdamos, se ve que no es nuestra constitución. Tú nos miras y ves reminiscencias del pasado de gordas que queremos olvidar a base de Diazepam, chupito de tequila o vestidos ajustados, pero con caída, para disimular.

Bueno, esta es más o menos la explicación de lo que es ser una «gorda adelgazada», parece que vamos

engañando a la gente, ¿y tú crees que la gente no lo nota y piensa «delgada»? Mis cojones treinta y tres, te sobran pellizcos hasta en la rabadilla. Bueno, un día soñé que estaba en un *casting* con un vestido buganvilla con lazadas y de repente llegaba una señora con la boca fruncida como el culo de un gato y gafas en la punta de la nariz que me decía: «A mí no me la das», y empezaba a tirar de los rabitos de los lazos. Cada lacito que deshacía, ¡zas! Me salía una molla. Lazo, molla. Lazo, molla. Y entonces descubría que también llevaba lazos en las medias y las bragas, y según me los quitaba, ella se reía como Vicent Price en *Thriller*, y yo me desparramaba, intentando contener los lazos-molla con las manos, pero pareciéndome cada vez más a un ballenato varado en un set de rodaje, y cuando la señora maléfica me iba a quitar el lazo de la braga, justo debajo del ombligo, le clavé el tacón en la yugular, y ella gritó, y yo también, y me desperté angustiada y no me quedó otra que tomarme un Cola-Cao con campurrianas.

Bueno, a lo que iba, que mi lucha con la báscula se remonta a cuando me vino la regla y me esparcí hacia los lados, pero nunca llegué a ser gorda de decir: «¡Mira, una gorda!», sino que luchaba a hostia limpia con los kilos, las mollas y las cremalleras resistentes.

Cuando me presenté a Miss Albacete llevaba dos semanas de zumos, barritas, batidos y mierdas. Y oye,

coló. Tenía la sensación de ser un fraude, pero un fraude con corona, al fin y al cabo.

Lo de Miss España fue otro cantar. Yo comía como las demás chicas (es decir, nada), pero nunca estaba tan delgadísima como ellas. Los últimos días había purgas en los baños (muy mises y muy finas, pero joder con las vomitonas y los laxantes), y nos gustaba mirarnos en el espejo las mejillas hundidas y las tripas cada vez más planas. Sobre todo, recién levantadas. Si quieres verte lo más delgada posible, recuerda mirarte siempre al espejo recién levantada, a lo largo del día solo vas a peor.

El caso es que yo las envidiaba, y entre que era de las más bajitas (1,73), lo del peso y lo de Albacete, pues no me vi yo nunca de ganadora, seamos sinceros. El remate fue cuando me hicieron la pregunta. Tú te pones ante el jurado mientras te tiemblan las canillas y sonríes como si te estuvieran soltando la chapa los mormones (que es un «sí» porque son monos, pero un «no» porque me muero de la chapa que me dan) y te cascan una pregunta absurda para demostrar que lo de que las guapas son bobas de nacimiento es una verdad irrefutable. Cuando una no responde una gilipollez integral, sino que dice algo típico de una infremental ligera, la gente aplaude y los del jurado se miran sorprendidos, abriendo mucho los ojos y supercontentos, como los del jurado de *America's Got Talent* pero en versión Marina D'Or. Se aprovechan de

nuestra juventud, nuestros nervios, nuestra inexperiencia y nuestra burrez (¿se dice así?).

Bien, ahí me tienes a mí. Paso al frente, mano en cadera (joder, me acabo de agarrar una molla, voy a hacer un burruño para que no se note) y tic en el ojo. Me entró una neuralgia de esas en las que un ojo empieza a temblar como si no hubiera un mañana. Eso me pasaba también en los exámenes de conducir, y el Tito me decía: «Tranquila, reina, que eso lo notas tú, pero el examinador no lo ve». Siete veces me presenté al práctico. Siete. Cuando aprobé, el Tito lloraba y cerraron la autoescuela y nos invitaron a todos a cañas y pinchos de tortilla. El caso es que yo me sentía que, entre la molla de la cadera y el tic en el ojo, me iban a decir que diera un paso atrás y ya veríamos otro año, cuando una rubia muy plastificada y tetona del jurado me espeta la pregunta:

—¿Qué sería lo primero que harías si te tocara la lotería?

—Coger el primer avión de Albacete y huir.

—¡Pero mujer! —Parecía que hubiera dado con la teoría de los agujeros negros, la cabrona—. Si en Albacete no hay aeropuerto. —Abrió las manos como si sujetara en cada palma una pila de hostias consagradas en equilibrio. Sonrió con condescendencia, ladeó la cabeza como disculpándose por haber hundido las pocas posibilidades que ya tenía por mí misma.

—Es que el aeropuerto lo iba a construir yo con lo de la lotería.

Ella no pensaba dejarse ganar tan fácilmente.

—No, no, no. Te pregunté qué es lo primero que harías con el dinero, y tú no dijiste nada de construir un aeropuerto, dijiste que cogerías el avión, y claro, sin aeropuerto no se puede.

Buah, ahí me tienes a mí, rápida como Orestes en pleno rosco de *Pasapalabra*:

—Disculpe, es que el aeropuerto no lo construiría yo pico-pala con mis propias manos. Lo construirían unos señores de Dragados y Construcciones, que para eso saben. Así que me mantengo en mi postura: lo primero que yo misma físicamente haría sería coger la maleta y el primer avión que de tan hermoso y nuevo aeropuerto saldría.

¡Bum! Los aplausos atronaron el estadio (bueno, el pabellón, pero yo me sentía como en un estadio). La rubia sonrió como sonreía yo al dar el primer paso unos minutos atrás y los presentadores hicieron un comentario absurdo sobre mi sentido del humor y rapidez mental. Rubia siliconada y cabrona: nunca, NUNCA, discutas con una persona con TOC. Su mente siempre será más rápida que la tuya y viajará por laberintos que tu torpe cabecita nunca podría imaginar, le dará la vuelta a todo y antes de darte cuenta, estarás suplicando morfina y que te quiten de delante a esa criatura endemoniada, a esa hija de Belcebú, que

era yo en aquel momento. El tic del ojo era el síntoma de que mi TOC acababa de florecer en aquellos momentos, y por una vez, el *jodío* trastorno se hizo mi amigo.

Canté número, línea y bingo. Sí, podía no ser alta y ser una gorda adelgazada, pero di el pego de tía lista y con sentido del humor, y en un concurso de mises, eso cuenta más que cinco purgas diarias, porque nadie se lo espera. Los coges desprevenidos. «¡Coño, es un poco lista!». Y los noqueas. El resto lo tengo como en una nebulosa.

Todas en fila, sonrisa, pierna adelantada, mano en cadera.

Cinco finalistas.

Dos damas de honor.

Una miss. Miss Albacete. Yo. Servidora. Miss España.

Lloros, abrazos, corona torcida que sujeté con una mano. ¿Estaría hasta arriba de tripi o aquello era normal?

Gente que te coge del brazo y te lleva de aquí *p'allá*. Más cámaras. Más fotos. Mi madre llorando. Un pensamiento: «Esto ha sido cosa de mi madre, tanto rezar para que no me eche novio que lo ha conseguido; suerte que san Judas Tadeo, patrón de los imposibles, ha escogido el camino más enrevesado. Nada menos que un parapeto antinovios llamado organización de Miss España».

Y ya, al final de la noche, en el hotel, agotada y desmaquillada, todavía flipada y muy hambrienta, un par de toques suaves en la puerta. Es Miss Teruel (ya ves, Miss Teruel; otra condenada a no llegar a nada, aunque Teruel exista). Tiene el pelo muy negro y pegado a los lados de la cara. El rímel corrido en churretones, los ojos muy abiertos y parece más delgada que nunca, la cabrona.

Esto no augura nada bueno. Pienso que está borracha como un congrio, pero cuando abre la boca dice con una perfecta pronunciación:

—Nadie se explica cómo lo has hecho, pero te aseguro que no te va a ir bien en la puta vida. Zorra. Que aquí ya todas sabemos que ni siquiera te llamas Rita.

—Claro que sí, Rita de Elvirita.

Cerré la puerta con el corazón a mil, invocando a los santos de mi madre para que aquella especie de aparición mariana se fuera. No oí arañazos en la puerta ni nada, solo unos tacones que se alejaban lánguidos por el pasillo.

Estoy apoyada en la puerta pensando aterrorizada si eso fue una especie de maldición gitana o qué. Miro a mi compañera de cuarto, Miss Guadalajara, dormir como un bebé de lirón careto. Se mueve. Mierda, casi la despierta la novia cadáver. Entre sueños o no, murmura:

—¿Qué pasa, Elvira?

—Es Rita. De Elvirita.